

El olor es penetrante, distinto, en cierta manera, inaugural. Es un olor atribuible a la muerte, a las fugas de gas, a la percepción trastornada, al susto que se esparce en frases: "No fumen, no prendan cerillos, pasen con cuidado, aléjense, hay peligro". En el centro, en la colonia Roma, cerca de los ostentosos fiambres arquitectónicos, el olfato actúa a la caza de datos de alarma, de informaciones que ratifiquen la condición agónica de los lugares. En la exacerbación olfativa, hay péñoles de sospecha de hedores inminentes, certeza de que, entre otras cosas, la ciudad no es ya la misma, porque uno está conscientemente ávidamente consciente de la terrible variedad de sus olores.

De todas partes llegan a sumarse a los bomberos, a los granaderos, a los trabajadores del Departamento Central de las delegaciones, a los policías del DF y del Estado de México. Convocada por su propio impulso, la ciudadanía decide existir a través de la solidaridad, del ir y venir frenético, del agolpamiento presuroso y valeroso, de la preocupación de vidas que, en la prueba límite, es ajena al riesgo y al cansancio. Sin previo aviso, espontáneamente, sobre la marcha, se organizan brigadas de 25 o 100 personas, pequeños ejércitos de voluntarios listos al esfuerzo y al transformismo: donde hay tabloncillos y sábanas surgen camillas; donde cunden los curiosos, se fundarán hileras disciplinadas que trasladan de mano a mano objetos, tiran de sogas, anhelan salvar siquiera una vida.

Los oficios se revalúan. Taxistas y peseros transportan gratis a damnificados y a familiares afligidos; plomeros y carpinteros aportan sequetas, picos y palas; los médicos ofrecen por doquier sus servicios; las familias entregan víveres, cobijas, ropa; los donadores de sangre se multiplican; los buscadores de sobrevivientes desafían las montañas de concreto y cascajo en espera de gritos o huecos que alimenten esperanza. Al lado del valor y la constancia de los bomberos, soldados, choferes de la ruta 100, médicos, enfermeras, policías, abundó un heroísmo nunca antes tan masivo, tan genuino el de quienes, ante la escasez y la falta de recursos, y por decisión propia, inventaron como pudieron métodos funcionales de salvamento, el primero de ellos, una indiferencia ante el peligro, si ésta se traducía en vidas hurtadas a la tragedia. Recuerdan las cadenas humanas que rescatan a un niño, entregan un gato hidráulico o un tanque de oxígeno, alejan piedras, abren boquetes, sostienen escaleras, tiran cuerdas, trepan por los desfiladeros que el temblor estrenó, instalan los "campamentos de refugiados", cuidan de las pertenencias de los vecinos, remueven escombros, aguardan durante horas la maquinaria pesada que iza cuerpos de víctimas, se enfrentan consoladoramente a histerias y duelos.

Por más que abunden noticias de pillaje, abusos y voracidad, tal esfuerzo colectivo es un hecho de proporciones épicas. No ha sido únicamente, aunque por el momento todo se condense en esta palabra, un acto de solidaridad. La ciudadanía es absolutamente consciente y decidida de un sector importante de la población que con su impulso desea restaurar armonía y sentidos vitales, es, moralmente, un hecho más vasto y significativo. La sociedad civil existe como una gran necesidad latente en quienes desconocen incluso el término, y su primera y más insistente demanda es la redistribución de poderes. El día 19 de septiembre, los voluntarios (jóvenes en su inmensa mayoría) que se distribuyeron por la ciudad organizando el tráfico creando "cordones" populares en torno a hospitales o derrumbes, y participando activamente -y con las manos sangrientas- en las tareas de salvamento, mostraron la más profunda comprensión humana y reivindicaron poderes cívicos y políticos ajenos a ellos hasta entonces. Fueron al mismo tiempo policías, agentes de tránsito, socorristas, funcionarios de ayuntamientos, médicos, enfermeros, diputados, líderes vecinales, regentes. Por eso, no se examinará seriamente el sentido de la acción del día 19, mientras se le confine exclusivamente en el concepto solidaridad. La hubo y de muy hermosa manera, pero como punto de partida de una actitud que, así sea ahora y por fuerza efímera, pretende apropiarse de la parte de gobierno que a los ciudadanos legítimamente les corresponde. El 19, y en respuesta ante las víctimas, la ciudad de México conoció una transformación de poderes, de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad, la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil. Democracia puede ser, también, la impotencia súbita de una persona.

- C. 1. Elabora un juicio de valor:
¿Ha evolucionado el hombre respecto a los valores manejados en ambos textos? ¿sigue igual? ¿o peor?

Justifica tu respuesta.

2. Empatiza y ponte en el lugar de alguna de las personas que aparecen en alguno de los textos: ¿tú que hubieras hecho en esas circunstancias? Coméntalo.

La vida humana forzosamente tiene que pasar por varias etapas: nacer, crecer, procrear, trascender, morir. Una de las etapas que se encuentran intermedias entre crecer y procrear es la de formar una pareja tradicionalmente en matrimonio. Las relaciones que se dan entre la pareja forman parte de los textos que en seguida leerás y que encierran valores importantes.

- IV. A. 1. Lee el texto "La ruptura" de Elena Poniatowska.
2. Explica cómo se presenta la relación de las personas que aparecen en el texto.
3. Señala qué tipo de valores se muestran en el texto.
4. Interpreta connotativamente el final del texto.

La ruptura

ELENA PONIAKOWSKA

Ella sintió que las palabras aleteaban en el cuarto antes de que él las dijera. Con una mano se alisó el cabello. De todos modos, había que preparar la cena, hacer las cuentas. Pero las palabras iban de un lado a otro como mariposas negras, rozándole los oídos. Sacó el cuaderno de cocina y un lápiz; la punta era tan afilada que al escribir rompió la hoja y esto le dolió. Las paredes del cuarto se estrechaban en torno a ella y hasta el ojo gris de la ventana parecía observarla con su mirada irónica. Y el saco de Juan colgado de la percha tenía el aspecto de un fantasma amenazante. ¿Dónde habría otro lápiz? En su bolsa esta uno, suave y cálido. Apuntó: gas, \$18.00; leche, \$2.50; pan, \$1.25; calabacitas, \$ 0.80. El lápiz ahora se derretía sobre los renglones escolares, casi como un bálsamo. ¿Qué darle de cenar? Si por lo menos hubiera pollo... ¡Le gustaba tanto! Pero no, abriría una lata de jamón endiablado. Por amor de Dios que el cuarto no fuera a oler a gas.

Juan seguía fumando boca arriba sobre la cama. El humo de su cigarro subía perdiéndose entre sus cabellos negros y azules.

-¿Sabes Manuela?

Manuela sabía. Sabía que aún era tiempo.

-Lo sé, lo sé. Te divertiste mucho en las vacaciones. Pero ¿qué son las vacaciones, Juan? No son más que un largo domingo y los domingos envilecen al hombre. Sí, sí no me interrumpas. El hombre librado de su trabajo es el hombre a secas, sin la dignidad que le confieren sus dos manos y sus costumbres cotidianas... ¿No te has fijado en lo torpes que se ven los hombres en la playa, con sus camisetas estampadas, sus bocas abiertas, sus quemaduras de sol y el lento pero seguro empuje de su barriga? (¡Dios mío! ¿Qué es lo que digo? ¡Estoy equivocándome de camino!).

-¡Ay, Manuela! ¡Ay, mi institutriz inglesa! ¿Habrá playas en el cielo, Manuela? ¿Grandes campos de trigo que se mezclan entre las nubes?

Juan se estiró, bostezó de nuevo, encogió las piernas y se volvió hacia la pared. Manuela cerró el cuaderno. Allí en la esquina estaba la repisa cubierta de objetos que ella había comprado con muchos trabajos. Como tantas mujeres solteras y nerviosas, Manuela había poblado su deseo de "objetos maravillosos", absolutamente indispensables a su estabilidad. Primero una costosa reproducción de Fra Diamante, de opalina azul con estrellitas de oro. "¡El Fra Diamante! ¡cielito santo si no lo tengo me muero!" El precio era mucho más alto de lo que ella creía. Significó horas extras en la oficina, origami y tres copias, dos nuevas monografías, prólogos para libros estudiantiles y privarse del teatro, de la mantequilla, de la copa de coñac con la cual conciliaba el sueño. Pero finalmente lo adquirió. Después de cinco días jubilosos en que el Fra Diamante iluminó todo el cuarto, Manuela sintió que su deseo no se había cumplido. Siguieron la caja de música con las primeras notas de la "Pastoral" de Beethoven, el supuesto paisaje de Velasco pintado en una postal con todo y sus estampillas, el reloj antiguo en forma de medallón que debió pertenecer a una joven acameliada y tuberculosa, el samovar de San Petersburgo, como de "la Dama del perrito", de Cjejev... Manuela paseaba su virginidad por todos estos objetos como una hoja seca.

Hasta que un día vino Juan con las manos suaves como hojas tersas llenas de savia.

Primero no vio en él más que un estudiante de esos que oyen eternamente el mismo disco de jazz, con un cigarrillo en la boca y la camisa abierta. De esos que turban a las maestras porque son pantanosos y puros como el unicornio, tan fábulo en su protección de la doncella.

Después, Juan se acercó como un tigre insinuante y malévolo, de esos que acaban por dar rasguños tan profundos que tardan años en desaparecer. Se deslizaba a su alrededor. A cada rato estaba en peligro de caerse, porque cruzaba delante de ella, sin mirarla pero rugiendo cosas tan incomprensibles como las que se oyen en el cielo cuando va a llover.

Y un día le lamió la mano. Desde aquel momento, casi inconscientemente, Manuela decidió que Juan sería el próximo objeto maravilloso que llevaría a su casa. Le pondría un collar y una cadena. Lo conduciría hasta su departamento y su cuerpo suave rozaría sus piernas al caminar. Allí lo colocaría en la repisa al lado de sus otros antojos. Quizá Juan rompería. Pero ¡qué importaba! La colección de "objetos maravillosos" llegaría a su fin con el tigre finalmente diseccionado.

Antes de tomar una decisión irrevocable, Manuela se fue a confesar:

-Fíjese Padre, que sigo con esa manía de comprar todo objeto al que me aficiono y esta vez quisiera llevarme un tigrillo...

-¿Un tigre? Bueno, está bien, hijita, también los tigres son criaturas de Dios. Cúdalos mucho y lo devuelvas al zoológico cuando esté demasiado grande. Acuérdate de San Francisco.

-Sí Padre. Pero es que este tigre tiene cara de hombre y ojos de tigre y retozar de tigre y todo lo demás de hombre.

-¡Ah, ese ha de ser una especie de *Felinantropus* peligrosamente *erectus*! ¡Hija de mi alma! En esta Facultad de Filosofía y Letras les enseñan a los alumnos cosas extrañas... El advenimiento del nominalismo o sea la confusión del nombre con el hombre ha llevado a muchas jóvenes a desvariar y a trastocar los valores. Ya no pienses en tonterías y como penitencia rezarás un rosario de trescientas tres jaculatorias.

-¡Ave María Purísima!

-¡Sin pecado concebida!

Manuela rezó el rosario y las jaculatorias: "Tigre rayado, ruega por mí! ¡Ojos de azúcar quemada, ruega por mí! ¡Oídos de obsidiana, ruega por mí! ¡Colmillos de marfil, muérdanme el alma. Fauces, desgárranme por piedad! ¡Paladar rosado, trágame hasta la sepultura! ¡Que los fuegos del infierno me quemen! ¡Tigre devorador de ovejas, llévame a la jungla! ¡Truéname los huesitos! ¡Amén!"

Terminadas las jaculatorias, Manuela volvió a la Facultad. Juan sonreía mostrándole sus afilados caninos. Esa tarde, vencida, Manuela le puso el collar y la cadena y se los llevó a su casa.

-Manuela ¿qué tienes para la cena?

-Lo que más te gusta, Juan. Mameyes y pescado, macizo y elástico.

-¿Sabes Manuela? Allí en las playas, perseguía yo a muchachas inmensamente verdes que en mis brazos se volvían rosas. Cuando las abrazaba eran como esponjas lentas y absorbentes. También capturaba sirenas para llevarlas a mi cama y se convertían en ríos toda la noche.

Juan desaparecía cada año en la época de vacaciones y Manuela sabía que una de esas escapadas iba a ser definitiva... Cuando Juan la besó por primera vez, en un pasillo de la Facultad, Manuela le dijo que no, que la gente sólo se besa después de una larga amistad, después de un asedio constante y tenaz de palabras; de proyectos. La gente se besa siempre con fines ulteriores: casarse y tener niños y tomar buen rumbo, nada de pastelearse. Manuela tejía una larga cadena de obligaciones.

-Manuela eres tan torpe como un pájaro que trata de volar, ojalá y aprendas... Si sigues así, tus palabras no serán racimos de uvas sino pasas secas de virtud...

-Es que los besos son raíces, Juan.

Sobre la estufa, una mosca yacía inmóvil en una gota de almíbar. Una mosca tierna, dulce, pesada y borracha. Manuela podría matarla y la mosca ni cuenta se daría. Así son las mujeres enamoradas: como moscas panzonas que se dejan porque están llenas de azúcar.

Pero sucedió algo imprevisto: Juan empezó a convertirse en un gato. Un gato perezoso y familiar, un blando muñeco de peluche. Y Manuela, que ambicionó ser devorada, ya no oía sino levísimos maullidos.

¿Qué pasa cuando un hombre deja de ser tigre? Ronronea alrededor de las domadoras caseras. Sus impetuosos saltos se convierten en raquíticos brinquetes. Se pone gordo y en lugar de enfrentarse a los reyes de la selva, se dedica a cazar ratones. Tiene miedo de caminar sobre la cuerda floja. Su amor que de un rugido poblaba de pájaros el silencio, es sólo un suspiro sobre el tejado a punto de derrumbarse.

Ante tal transformación, Manuela creyó que la ruptura no sería tan difícil. Después de todo, las jaculatorias surtieron efecto.

Juan seguía fumando. El humo subía lentamente concéntrico como un holocausto.

-Manuela, tengo algo que decirte... Allí en la playa conocí a...

Ya estaba: el río apaciguado se desbocaba y las palabras brotaban torrenciales. Se desplomaban como frutas excesivamente maduras que empiezan a pudrirse. Frutas redondas capitosas, primitivas. Hay palabras antediluvianas que nos devuelven el estado esencial: entre arenas, palmeras, serpientes cubiertas por el gran árbol verde y dorado de la vida.

Y Manuela vio a Juan entre el follaje, repasando su papel de tigre para otra Eva inexperta.

Sin embargo, Manuela y Juan hablaron. Hablaron como nunca lo habían hecho antes y con las palabras de siempre. A la hora de la ruptura se abren las compuertas de la presa (A nadie se le ha ocurrido construir para su convivencia un vertedor de demasías.) Después de un tiempo, la conversación tropezó con una fuerza hostil e insuperable. El diálogo humano es una necesidad misteriosa. Por encima de las palabras y de todos sus sentidos, por encima de la mímica de los rostros y de los ademanes, existe una ley que se nos escapa. El tiempo de comunicación está estrictamente limitado y más allá sólo hay

desierto y soledad y roca y silencio.

-Manuela ¿sabes lo que quisiera hoy de cena?

-¿Qué?

(En el silencio ya no hubo pájaros.)

-Un poquito de leche.

-Sí, gato, está bien.

Y Manuela tuvo que admitir que su tigre estaba harto de carne cruda. ¡Cómo se acentuaba esa arruga en su frente! Manuela se llevó la mano al rostro con lasitud. Se tapó la boca. Juan era un gato pero suyo para siempre... Cómo olía aquel cuarto a gas. ¡Tal vez Juan ni siquiera notaría la diferencia!... Sería tan fácil abrir otro poco la llave antes de acostarse, al por el platito de leche...

ELENA PONIATOWSKA

Nació en París, en 1933 y radica en México desde 1942. Ejerce el periodismo a partir de 1954. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1957, año en que escribió la novela *Naranja dulce, limón partido*. Ha colaborado con artículos y entrevistas en los diarios *Excélsior*, *Novedades*, *El Día*, y en las revistas *Estaciones*, *Revista Mexicana de Literatura*, *Universidad de México*, *La palabra y el hombre* y en *La Cultura de México* de la revista *Siempre!* Ha publicado las novelas *Hasta no verte*, *Jesús mío*, *La noche de Tlatelolco*, un libro de cartas *Querido Diego, te abraza Quiela* y los libros de cuentos *Lilus Kikus* y *De noche vienes* del cual tomamos Espernaza número equivocado. Elena Poniatowska confesó en una entrevista: "Quería ser Dumbo y acabar con el cuadro cuando me vieran volar".

- B. 1 Lee el texto "El rinoceronte" de Juan José Arreola.
- 2 Expresa brevemente la relación de pareja que se narra en el texto.
- 3 Menciona cuál es la problemática de las personas que aparecen en el texto.
- 4 Explica cuáles valores se desprenden de la lectura del texto.
- 5 Interpreta connotativamente la metamorfosis que se presenta en el texto.
- 6 Comenta que harías tú en una situación similar. ¿Es correcto manipular a las personas?

El rinoceronte

JUAN JOSÉ ARREOLA

Durante diez años luché con un rinoceronte; soy la esposa divorciada del juez McBride.

Joshua McBride me poseyó durante diez años con imperioso egoísmo. Conocí sus arrebatos de furor, su ternura momentánea, y en las altas horas de la noche, su lujuria insistente y ceremoniosa.

Renuncié al amor antes de saber lo que era, porque Joshua me demostró con alegatos judiciales que el amor sólo es un cuento que sirve para entretener a las criadas. Me ofreció en cambio su protección de hombre respetable. La protección de un hombre respetable es, según Joshua, la máxima ambición de toda mujer.

Diez años luché cuerpo a cuerpo con el rinoceronte, y mi único triunfo consistió en arrastrarlo al divorcio.

Joshua McBride se ha casado de nuevo, pero esta vez se equivocó en la elección. Buscando otra Elinor, fue a dar con la horma de su zapato. Pamela es romántica y dulce, pero sabe el secreto que ayuda a vencer a los rinocerontes. Joshua McBride ataca de frente, pero no puede volverse con rapidez. Cuando alguien se coloca de pronto a su espalda, tiene que girar en redondo para volver a atacar. Pamela lo ha cogido de la cola, y no lo suelta, y lo zarandea. De tanto girar en redondo, el juez comienza a dar muestras de fatiga, cede y se ablanda. se ha vuelto más lento y opaco en sus furores; sus prédicas pierden veracidad, como en labios de un actor desconcertado. Su cólera no sale ya a la superficie. Es como un volcán subterráneo, con Pamela sentada encima, sonriente. Con Joshua, yo naufragaba en el mar; Pamela flota como un barquito de papel en una palangana. Es hija de un Pastor prudente y vegetariano que le enseñó la manera de lograr que los tigres se vuelvan también vegetarianos y prudentes.

Hace poco vi a Joshua en la iglesia, oyendo devotamente los oficios dominicales. Está como enjuto y comprimido. Tal parece que Pamela, con sus dos manos frágiles, ha estado reduciendo su volumen y le ha ido doblando el espinazo. Su palidez de vegetariano le da un suave aspecto de enfermo.

Las personas que visitan a los McBride me cuentan cosas sorprendentes. Hablan de unas comidas incomprensibles, de almuerzos y cenas sin rosbif; me describen a Joshua devorando enormes fuentes de ensalada. Naturalmente, de tales alimentos no puede extraer las calorías que daban auge a sus antiguas cóleras. Sus platos favoritos han sido metódicamente alterados o suprimidos por implacables y adustas cocineras. El patagrás y el gorgonzola no envuelven ya el roble ahumado del comedor en su untuosa pestilencia. Han sido reemplazados por insípidas cremas y quesos inodoros que Joshua come en silencio, como un niño castigado. Pamela, siempre amable y sonriente, apaga el habano de Joshua a la mitad, raciona el tabaco de su pipa y restringe su whisky.

Esto es lo que me cuentan. Me place imaginarlos a los dos solos, cenando en la mesa angosta y larga, bajo la luz fría de los candelabros. Vigilado por la sabia Pamela, Joshua el glotón absorbe colérico sus livianos manjares. Pero sobre todo, me gusta imaginar al rinoceronte en pantuflas, con el gran cuerpo informe bajo la bata, llamando en las altas horas de la noche, tímido y persistente ante una puerta obstinada.

JUAN JOSÉ ARREOLA

Juan José Arreola, nació en Zapotlán, Estado de Jalisco, el 21 de septiembre de 1918. En él se conjugaron el oficio y la malicia, dueño de los mecanismos del cuento, Arreola, ofebre del lenguaje, se situó, desde su primer libro, en la primera línea de los cuentistas mexicanos.

De su obra dice Arreola: "en todos los textos he tratado de expresar mi versión de una serie de aspectos de la conducta personal. El drama es para mí, como para tantos artistas y pensadores, estar en el mundo, querer ser algo y parar en otra cosa por las contingencias que ocurren en la vida."

Su obra más importante es la colección de cuentos titulada *Confabulario*, en el cual destaca el cuento *El guardaguñas*.

- C. 1 Escribe un texto donde expliques las semejanzas y diferencias respecto a:
- relación de pareja
 - los valores que presenta el texto

A lo largo de la evolución humana los dos seres que la conforman, hombre y mujer, han tenido roles de actuación que han cambiado constantemente.

A continuación se presenta un texto que será punto de partida para la reflexión respecto al lugar que la mujer ocupa en la vida y el trato que recibe de su pareja y de la sociedad.

- V. A. 1 Lee el texto "La Parábola del trueque" de Juan José Arreola.
- Resume con tus palabras de qué trata el texto.
 - Identifica el sistema de valores que subyace en el texto.
 - Enumera los valores encontrados en el texto.
- B. 1 Escribe un comentario acerca del comportamiento de las personas del texto.
- ¿Hicieron bien o mal?
 - Menciona cuál es el valor que predomina a través de: "la persona tonta", del "recién casado engañado" y Sofía.
 - Describe una situación parecida de la vida real
 - ¿Qué harías tú en esa situación parecida? Coméntalo.

Parábola del trueque

JUAN JOSÉ ARREOLA

Al grito de "¡Cambio esposas viejas por nuevas!" el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su carro de pintados carromatos.

Las transacciones fueron muy rápidas, a base de unos precios inexorablemente fijos. Los interesados recibían pruebas de calidad y certificados de garantía, pero nadie pudo escoger. Las mujeres, según el comerciante, eran de veinticuatro quilates. Todas rubias y todas circasianas. Y más que rubias, doradas como candeleros.

Al ver la adquisición de su vecino, los hombres corrían desaforados en pos del traficante. Muchos quedaron arruinados. Sólo un recién casado pudo hacer cambio a la par. Su esposa estaba flamante y no desmerecía ante ninguna de las extranjeras. Pero no era tan rubia como ellas.

Yo me quedé temblando detrás de la ventana, al paso de un carro suntuoso. Recostada entre almohadones y cortinas una mujer que parecía un leopardo me miró deslumbrante, como desde un bloque de topacio. Presa de aquel contagio frenesí, estuve a punto de estrellarme contra los vidrios. Avergonzado, me aparté de la ventana y volví el rostro para mirar a Sofía.

Ella estaba tranquila, bordando sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre. Ajena al tumulto, ensartó la aguja con sus dedos seguros. Sólo yo que la conozco podía advertir su tenue, imperceptible palidez. Al final de la calle, el mercader lanzó por último la turbadora proclama: "¡Cambio esposas viejas por nuevas!" Pero yo me quedé con los pies clavados en el suelo, cerrando los oídos a la oportunidad definitiva. Afuera, el pueblo respiraba una atmósfera de escándalo.

Sofía y yo cenamos sin decir una palabra, incapaces de cualquier comentario.

-¿Por qué no me cambiaste por otra? -me dijo al fin, llevándose los platos.

No pude contestarle, y los dos caímos más hondo en el vacío. Nos acostamos temprano, pero no podíamos dormir. Separados y silenciosos, esa noche hicimos un papel de convidados de piedra.

Desde entonces vivimos en una pequeña isla desierta, rodeados por la felicidad tempestuosa. El pueblo parecía un gallinero infestado de pavos reales. Indolentes y voluptuosas, las mujeres pasaban todo el día echadas en la cama. Surgían al atardecer, resplandecientes a los rayos del sol, como sedosas banderas amarillas.

Ni un momento se separaban de ellas los maridos complacientes y sumisos. Obstinados en la miel, descuidaban su trabajo sin pensar en el día de mañana.

Yo pasé por tonto a los ojos del vecindario, y perdí los pocos amigos que tenía. Todos pensaron que quise darles una lección, poniendo el ejemplo absurdo de la fidelidad. Me señalaban con el dedo, riéndose, lanzándome pullas desde sus opulentas trincheras. Me pusieron sobrenombres obscenos, y yo acabé por sentirme como una especie de eunuco en aquel edén placentero.

Por su parte, Sofía se volvió cada vez más silenciosa y retraída. Se negaba a salir a la calle conmigo, para evitarme contrastes y comparaciones. Y lo que es peor, cumplía de mala gana con sus más estrictos deberes de casada. A decir verdad, los dos nos sentíamos apenados de unos amores tan modestamente conyugales.

Su aire de culpabilidad era lo que más me ofendía. Se sintió responsable de que yo no tuviera una mujer como las otras. Se puso a pensar desde el primer momento que su humilde semblante de todos los días era incapaz de apartar la imagen de la tentación que yo llevaba en la cabeza. Ante la hermosura invasora, se batió en retirada hasta los últimos rincones del mudo resentimiento. Yo agoté en vano nuestras pequeñas economías, comparándole adornos, perfumes, alhajas y vestidos.

-¡No me tengas lástima!

Y volvía la espalda a todos los regalos. Si me esforzaba en mimarla, venía su respuesta entre lágrimas:

-¡Nunca te perdonaré que no me hayas cambiado!

Y me echaba la culpa de todo. Yo perdía la paciencia. Y recordando a la que parecía un leopardo, deseaba de todo corazón que volviera a pasar el mercader.

Pero un día las rubias comenzaron a oxidarse. La pequeña isla en que vivíamos recobró su calidad de oasis, rodeada por el desierto. Un desierto hostil, lleno de salvajes alaridos de descontento. Deslumbrados a primera vista, los hombres no pusieron realmente atención en las mujeres. Ni les echaron una buena mirada, ni se les ocurrió ensayar su metal. Lejos de ser nuevas, eran de segunda, de tercera, de sabe Dios cuántas manos... El mercader les hizo sencillamente algunas reparaciones indispensables, y les dio un baño de oro tan bajo y tan delgado, que no resistió la prueba de las primeras lluvias.

El primer hombre que notó algo extraño se hizo el desentendido, y el segundo también. Pero el tercero, que era farmacéutico, advirtió un día entre el aroma de su mujer la característica emanación del sulfato de cobre. Procediendo con alarma a un examen minucioso, halló manchas oscuras en la superficie de la señora y puso el grito en el cielo.

Muy pronto aquellos lunares salieron a la cara de todas, como si entre las mujeres brotara una epidemia de herrumbre. Los maridos se ocultaron unos a otros las fallas de sus esposas, atormentándose en secreto con terribles sospechas acerca de su procedencia. Poco a poco salió a relucir la verdad, y cada quien supo que había recibido una mujer falsificada.

El recién casado que se dejó llevar por la corriente del entusiasmo que despertaron los cambios, cayó en un profundo abatimiento. Obsesionado por el recuerdo de un cuerpo de blanda inequívoca, pronto dio muestras de extravío. Un día se puso a remover con ácidos corrosivos los restos de oro que había en el cuerpo de su esposa, y la dejó hecha una lástima, una verdadera momia.

Sofía y yo nos encontramos a merced de la envidia y del odio. Ante esa actitud general, creí conveniente tomar algunas precauciones. Pero a Sofía le costaba trabajo disimular su júbilo, y dio en salir a la calle con sus mejores atavíos haciendo gala entre tanta desolación. Lejos de atribuir algún mérito a mi conducta, Sofía pensaba naturalmente que yo había quedado con ella por cobarde, pero que no me faltaron las ganas de cambiarla.

Hoy salió del pueblo la expedición de los maridos engañados, que van en busca del mercader. Ha sido verdaderamente un triste espectáculo. Los hombres levantaban al cielo los puños, jurando venganza. Las mujeres iban llorando, lacias y desgredadas, como plañideras leprosas. El único que se quedó es el famoso recién casado, por cuya razón me temo. Dando pruebas de un apego maniático, dice que ahora será fiel hasta que la muerte lo separe de la mujer ennegrecida, esa que él mismo acabó de estropear a base de ácido sulfúrico.

Yo no sé la vida que me aguarda al lado de una Sofía quién sabe si necia o si prudente. Por lo pronto, le van a hacer admiradores. Ahora estamos en una isla verdadera, rodeada de soledad por todas partes. Antes de irse, los maridos declararon que buscarán hasta el infierno los rastros del estafador. Y realmente, todos ponían al decirlo una cara de condenados.

Sofía no es tan morena como parece. A la luz de la lámpara, su rostro dormido se va llenando de reflejos. Como del sueño le salieran leves, dorados pensamientos de orgullo.

En todas las acciones que realizamos en la vida debemos de perseguir la perfección, como los padres, hijos, esposos, amigos, vecinos, estudiantes, trabajadores y/o jefes.

El siguiente texto habla de un tipo de virtud humana, disfruta de su lectura.

VI. 1 Lee el texto "La perfecta casada" de Leopoldo Alas "Clarín"

2 Sintetiza lo que sucede en el texto.

3 Explica los siguientes aspectos del texto y expresa tu opinión al respecto:

a) el suicidio como solución ¿no había otra alternativa?

b) ¿la perfección es inaguantable?

c) el redentor de los célibes ¿por qué?

d) ¿la virtud puede llegar a ser excesiva?

4 Menciona los valores que se presentan en el texto.

5 Relata una situación de la vida real respecto a la perfección.

La perfecta casada

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN"

Don Autónimo², que celebraba sus días en septiembre, pues en ese mes <<cae>> San Autónimo, y que lo diga la *Leyenda de oro*³; don Autónimo Parcerisa acaba de comer *opíparamente* rodeado de su esposa e hijos, muy satisfecho, alegres todos, felices. No había familia más dichosa en el mundo. Vivían en una *mediocritas* si no *áurea*⁴, por lo menos de plata sobredorada, la cual les permitía en los días que repicaban en gordo tirar la casa por la ventana, en forma de símbolo, por supuesto; es decir, sin pagar una *onza* en el gasto extraordinario, que lo demás quedaba muy guardado en la caja de caudales, en el Banco y en las arcas de la Equitativa 5, donde don Autónimo se había asegurado.

Serafina era un serafín; mujer más angelical no la había: era la perfecta casada de fray Luis, pero a la moderna, con costumbres algo menos devotas, pues si no, hoy ya no hubiera sido la perfecta casada. Nada de gazmoñería, virtud expansiva, alegre; sacrificio constante de su egoísmo al interés de su marido e hijos, pero sin que se conociera esfuerzo alguno, con divina gracia. Parecía una mujer como todas y era la mejor de todas.

No hacía valer su fidelidad (y era guapísima y muy codiciada) como un mérito: esta pretensión le hubiera parecido ya una especie de adulterio⁶. Así como a nadie se le ocurre en una sociedad de personas distinguidas, nobles, ricas, finisimas, que uno de aquellos duques, o generales, o ministros, se va a llevar un candelabro de plata, por ejemplo, y nadie piensa en el robo posible, pero una posibilidad *infinitesimal*, por decirlo así, tampoco se le pasó jamás por las mientes a Serafina ser infiel a su Autónimo por pensamiento, de palabra u obra.

Y como no había manera de reprenderle por nada, de reñirle, jamás le había reprendido; nunca habían reñido. Estaba íntegra la vajilla e íntegra la paz conyugal.

De todo lo cual llegó, a fuerza de años, a sacar en consecuencia Autónimo que así no se podía seguir, que había que acabar de cualquier manera.

En esto pensaba precisamente aquel día de su santo, después de los postres, cuando ya los niños se iban despidiendo del padre porque los reclamaba el lecho.

Todos se acostaban sin protestar, y eso que estaban seguros de que su madre no les hubiera negado permiso para velar un ratito. Ellos lo deseaban... pero no, ¿para qué? La mamá les tenía demostrado que era cosa nociva, y además, la hubiera disgustado, aunque ella no lo dejara ver; nada, nada, a la cama.

-Buenas noches, papá.

-Santas y buenas, hijos míos, santas y buenas.

Y seguía pensando don Autónimo: <<Vea usted. Ahora me iría yo de muy buena gana a jugar un tresillito al casino. Siempre pierdo, es verdad, pero ¿y qué? No es mucho y me divierte. Pero no voy, imposible. Si anuncio que salgo, ésta se reír lo mismo absolutamente que si le digo "me voy a la cama", que es lo que a ella le gusta, porque sabe que me conviene madrugar, para el estómago⁷ y para lo negocios... ¿Quién le da un disgusto *callado* sin grandes remordimientos? Pero... la verdad es que hoy... día de mi santo..."

Sin embargo, decidió tener un rasgo de energía que no hacía falta, y poniéndose en pie exclamó:

-Ea, chica, dame... la palmatoria, que me voy a la cama.

Y se acostó, se acostó como los niños.

Y en cuanto se vio entre las sábanas se sintió como en presidio, como en el cepo, y echaba pestes contra sí mismo,